

VISIONES DE SUDAMERICA

Vengo de la “dulce Francia”, de la bien labrada, todavía con la nostalgia incurable de su espíritu esencial, de su campo risueño, de su vida placentera; y me encuentro en este mundo americano que tiene un despertar de primavera.

¡Qué distinto el paisaje americano!

Caminando de Buenos Aires a Chile, el ferrocarril marcha por la llanada horas y días sin encontrar una montaña ni un tajo. La pampa se pierde en el confin. Contemplándola se aprecia la riqueza prodigiosa de la tierra argentina, Qué finas ganaderías, qué trigales tan inmensos y fecundos, qué viñedos y hortalizas tan frescas y jugosas. La naturaleza hizo buenas estas tierras y las manos criollas junto a las manos europeas, las hicieron pródigas.

El contrafuerte de los Andes que divide la Argentina y Chile es algo *estupendo de color y majestad*. La cordillera famosa es digna de los cantos que la han enaltecido.

Comienza el ascenso lentamente. Las montañas se levantan de la pampa argentina con suavidad. El panorama es árido y polvoroso, pero interesante por la variedad de sus colores en las tierras y en las rocas y en los perfiles de las colinas y picachos que se divisan en la altura lejana.

Apenas si a pequeños trechos verdea el paisaje frío. Estamos en el reino de la piedra. La naturaleza es dura en el color como en las entrañas. Todo mineral existe aquí, *pensamos, al mirar las laderas sin un árbol, sin el manchón alegre de unas corolas*. El granito azulino, la plombagina brillante, la piedra redonda como la de los ríos; roja y verdinegra o café; la piedra caliza, blanca, perlada o gris... ¡la piedra siempre!

El tren sube y un río baja, el de Mendoza, de agua sucia más prolífica que la linfa pura de los manantiales, porque corre car-

gada de limo; agua achocolatada y espumosa que deja ver a intervalos los picos de las rocas o la faz lisa de las piedrecillas del cauce.

De pronto, volteando un recodo, entre dos vertientes formidables, se contempla una cresta empenachada de nieve donde anidan los cóndores, donde el aire falta. ¡Qué visión tan bella la de esa albura en contraste con el ocre y sepia de las vertientes que nos rodean!

En el cerro, ni un pino, ni una encina, ni un arbusto; las faldas de la cordillera están ayunas de toda vegetación. Apenas si a cortos trechos un pasto anémico da al sol un colorcillo verde pálido; apenas si en algunas hendeduras rocallosas una flor dorada aparece como un milagro...

...En invierno queda cerrado el paso de los Andes por la ventisca que arrolla cuanto encuentra y sepulta la vía férrea.

Cerca de la frontera chileno-argentina está el lugar más alto del ferrocarril trasandino, a 3,100 metros sobre el nivel del mar. En el "Puente del Inca" se abarca un pequeño valle que me recuerda el de "Salazar", en nuestro Ferrocarril Nacional; pero el nuestro es menos hermoso. El escenario es inolvidable; en el riñón andino un lago azul y ecuánime, apenas "rizado a contra-pelo" —como dijera Lugones— por el céfiro helado; y, en el fondo, altivo, bellísimo, perennemente nevado, el soberbio Aconcaua.

Después, el descenso será rápido, en seis horas llegaremos a Santiago, próximo ya al Océano Pacífico...

...Bajando a la capital chilena se ven ya árboles, frutos, campos regados, sementeras prolíficas y viñedos succulentos. La campiña de Chile tiene un encanto singular en nuestra América: sus "fundos" y "chacras" (haciendas), llenas de flores y de perfumes. Y luego para nosotros los mexicanos, el raro atractivo de ver en sus campos caras brunas, ojos negros, risas picarescas, talantes orgullosos y almas bonisimas como las de nuestro hombre rural.

De Santiago al mar, tres horas. El puerto de Valparaíso es de lo más pintoresco. Tiene una ciudad arriba, en los cerros, y otra ciudad abajo, junto a la playa. El panorama, nos recuerda el de la Coruña con sus casas blancas y alegres que parece que rien el bajar de las colinas hasta el mar.

Después del terremoto horrible que destruyó casi por completo la ciudad, Valparaíso ha sido reconstruido y naturalmente

modernizado. De lo alto, donde los ricos viven en "chalets" primorosos, la vista es magnífica; centenares de botes arrimados a la arena semejan golondrinas en alero; los ascensores eléctricos que más propiamente debían llamarse "funiculares", suben y bajan sin cesar de la calle a las crestas de las colinas. En los muelles se trabaja activamente, en la rúa bulle el gentío y en la bahía, muy abierta con sus pestañas de cedros, los grandes barcos resuellan, echan humo y se van al Asia, a Panamá, a los canales de Patagonia.

(1928. Fragmento.)